

conformar con su suerte, se evitan al alma muchas amarguras: esta idea—*Dios lo quiere*—es tan benéfica, tan dulce, que no debemos alejarla nunca de nosotros.

Según veo por vuestras cartas, todos están locos de alegría con tu hijo, con tu hermoso Luis, que ha criado fresco y robusto la esposa de tu protegido Francisco: ¡ten cuidado, mi Julia, ten cuidado que el dardo de la envidia no penetre en el alma de María: ten cuidado de que no tome aversión á su hermano, y de que su tierno corazón no sufra la más cruel de todas las torturas!...

«He visto—dice San Agustín—, he visto á un niño de dos años, moribundo de envidia, enviar miradas de odio á un hermano suyo que su madre amamantaba al lado de su cuna, ¡y mi corazón se ha estremecido!»

El mío se estremece también como el del santo, al pensar en que por falta de cuidado y de premeditación, tu pobre hija puede sufrir todos los tormentos de una envidia cruel.

En ti confío, mi querida Julia; tú tienes bastante talento, y, sobre todo, bastante corazón, para evitar esto, y para compadecerte de esa inocente niña, á la que mataría la idea de que habría perdido el cariño de sus padres ó de

que daban á su hermano la parte mejor; y si esta idea no alteraba su salud, alteraría, al menos, su bondad y los buenos sentimientos de su alma, y le haría concebir una aversión hacia su hermano, que con el tiempo produciría efectos muy fatales: no puedes imaginar, mi amada Julia, cuánta parte tienen las preferencias de la niñez en esos dramas que algunas veces se desarrollan en el seno de las familias: el odio existe oculto desde los primeros años de la vida, crece como el fuego entre la ceniza, y llega un día en que estalla furioso, envenenado, sin dique alguno, y se lleva la paz, el sosiego y el honor de muchas personas. He oído contar el terrible caso de dos hermanos, de los cuales el menor había sido siempre preferido al otro por sus padres: el desdenado alimentaba por el favorecido un odio profundo, que creció con él: casado el menor, supo hacerse amar por su esposa, á la que sedujo é hizo abandonar su marido y sus hijos: el esposo ultrajado la mató de un pistoletazo, y no queriendo manchar sus manos en la sangre del seductor, que era la suya, acaso comprendiendo los tormentos de toda la vida de aquel hermano, se suicidó con la misma pistola con que había hecho justicia en su mujer; esta lú-

gubre historia la contaba mi buen padre, que siempre tuvo el más exquisito cuidado en tratarnos con la igualdad más perfecta, y con la misma ternura á todos sus hijos.

Procura que no haya entre los tuyos ninguna preferencia: que en el alimento, en el vestido, en los cuidados—y sobre todo en las caricias—sean perfectamente iguales; enseña desde temprano á María, que debe proteger á su hermano, por ser más pequeño; y á Luis, que las niñas merecen atenciones de parte de sus hermanos varones: elogia á cada uno separadamente y nunca al uno en presencia del otro, á no ser que los elogies á la vez; repíteles que el amor entre hermanos, es el lazo más dulce de la vida; que los hermanos son los mejores amigos que nos han dado Dios y la naturaleza, y los primeros y más fieles que podemos hallar en la existencia: cómprales de todo doble, de todo para los dos; y cuando, por ejemplo, el uno necesite sombrero y el otro no, compensa al que no se lo compres con otro objeto que él desee, para que vea no hay en ti ni la intención más pequeña de hacer diferencias, y que los amas con igual ternura á los dos.

La primera necesidad de una madre es convencer á sus hijos de que los ama, no sólo con

pasión, sino con una pasión igual para todos, porque el cariño maternal es un destello del cielo en la tierra, y todos los niños en quienes se refleja son buenos, dulces y generosos.

En mi próxima carta te hablaré de algunos puntos graves acerca de la educación de tus hijos.

FELICIA.

XVII

En la época azarosa en que nos ha tocado nacer, nada hay estable ni seguro; lo que parece tener más firme base es lo que se viene al suelo más pronta é impensadamente, y nadie está seguro de poseer mañana lo que hoy cree ser de su exclusivo dominio y propiedad, aunque lo sea en efecto.

Ya no está asegurada la fortuna de los hijos con enseñar á los varones á administrar bien, y á las hijas á gastar con moderación y economía, no; ni la economía es posible hoy más que hasta cierto punto, ni la buena administración preserva á los más crecidos caudales de los vaivenes de la fortuna.

No se puede confiar ni en las especulaciones, ni en las combinaciones, y algunas veces, ni aun en la buena fe de los que han de ayu-

darnos en asuntos de interés que les es común.

¿Cuál es el único preservativo de la desgracia en este agitado siglo en que vivimos?

Las naciones más civilizadas que la nuestra lo han comprendido bien. Alemania, que se halla á la cabeza del progreso intelectual, da á sus hijos una instrucción sólida, y educa á sus hijas de modo que se hallen siempre al abrigo de la miseria, ya que no de la pobreza.

Porque *pobreza y miseria* no son sinónimos á mi parecer: pobre es el que carece de riquezas, el que no puede gastar en superfluidades caras: mísero es el que carece de lo absolutamente necesario, el que padece amargas privaciones que abrevian la vida por la angustia de todos los momentos, por la dependencia absoluta de la caridad ajena, ó el peligro de morir. La pobreza es soportable, es algunas veces feliz, es muchas veces hasta bella y apacible; pero la miseria... ¡Oh, la miseria, es horrible, degradante, mortal!

Tristes, muy tristes pensamientos acuden á la mente cuando se reflexiona en la suerte de la mujer en nuestra época; época que, por ser muy ambiciosa, es también muy egoísta. Y es para los padres, ó á lo menos debe serlo,

cuestión trascendental el mejorar la suerte de esos seres tan amados de su corazón, de esas criaturas por las que darían su existencia, y que pueden quedar desvalidas y expuestas á la más horrible miseria; porque como dije al empezar este artículo, hoy nada hay estable; todo vacila y todo se derrumba con la más grande facilidad.

Ya el camino de la ciencia se va abriendo para el sexo débil en algunas naciones vecinas y amigas de la nuestra: ya las señoras están asistidas en sus dolencias por otras señoras, y tras el mostrador de caoba de las oficinas de farmacia se sientan lindas jóvenes, cuya vista calma algún tanto la pena del que va en busca de un medicamento para una persona á quien ama y que padece: ya (y esto desde hace algunos años) miden en París y en Londres los encajes y el raso manos delicadas y femeninas; ya, en fin, en todo aquello en que la gracia, la bondad y la dulzura son estimadas, halla un sitio la mujer que lo desempeña con más paciencia y más atractivos que el hombre, hecho no para contentar voluntades, sino para allanar obstáculos y superar dificultades.

Pero en España aun no estamos en ese caso: la ciencia no ha abierto todavía sus puer-

tas á la mujer, y aun la industria cuenta poco con ella, y rara vez llega en su ayuda.

Y sin embargo, la que te escribe, Julia, piensa que se pueden abrir para la mujer en nuestro país, sino anchos caminos, á lo menos alguna senda por donde camine con tranquilidad, ayudada del trabajo: por una senda donde no halle la opulencia, pero sí un bienestar relativo, una decente medianía, ó á lo menos, una honrada pobreza.

¿Cuáles son estas sendas humildes, quizá escabrosas, pero exentas de precipicios?

No se educa, y mucho menos se instruye á una niña, enseñándole á dibujar un paisaje, á bordar en blanco una flor, ó en colores un almohadón de tapicería, á tocar en el piano dos ó tres piezas de *efecto*, y á hablar muy mal el francés.

Nada de esto sirve á una joven, ni para ganar su vida el día que le falte el amparo de sus padres, ni para economizar á sus hijos, el día que los tenga, algún maestro ó profesora.

Hacer á la mujer, á la vez que muy agradable, útil, irremplazable para alguna cosa, he aquí lo necesario, lo indispensable, para mejorar el destino de nuestro sexo.

Para conseguir lo primero, es decir, que

sea agradable y simpática, se necesita *educarla*; esto es, se necesita darle las gracias exteriores.

Para conseguir que sea *útil* es preciso instruírla con perfección en uno de los ramos del saber humano, y muy preferentemente en lo que se relacione con las manifestaciones del arte, que es lo que está más acorde con la imaginación apasionada de la mujer española.

Se debe enseñar á las jóvenes alguna cosa, con tanta solidez y perfección, que puedan ellas enseñarlas á su vez á las demás; porque la música, la pintura, los idiomas, son manifestaciones de la instrucción de la mujer, que puede transmitir con utilidad propia y ajena á las otras mujeres y á los niños de ambos sexos, que necesitan flexibilidad y dulzura de carácter en sus profesores, á los niños, á los que *se corrige riendo*, según dijo el más suave y tierno de los poetas latinos.

La historia, la geografía, la mitología, la religión, la moral, la gramática, y sobre todo el buen gusto; la elegancia de maneras, la distinción de lenguaje, son cosas también que una mujer distinguida puede enseñar y aun transmitir de la manera más completa y más sólida.

La desigualdad intelectual que hoy existe entre el hombre y la mujer es la causa de que el lazo conyugal pese algunas veces y se rompa no pocas, y esto es tan sabido, que de ello se habla ya, aun entre las personas menos instruídas; pero á mi modo de ver, no es sólo la falta de cultura de nuestro sexo la que tiene la culpa del relajamiento de los lazos de la familia; la tiene también el descuido de la educación moral de la mujer, que se hace odiosa muchas veces, ya con sus exigencias del lujo, ya con su carácter irascible, ya con el descuido de su persona, ya con el olvido de todas las habilidades que la hacían agradable cuando era soltera.

Todos estos escollos en que tropieza la dicha conyugal, en que quizá se pierde para siempre la felicidad de la familia, puede enseñar á evitarlos á las otras mujeres una mujer, y si una mujer hiciese aprender el medio de ser dichoso á su sexo, merecería tantas palmas y laureles, por lo menos, como un conquistador ó como un sabio.

Procura, pues, Julia, que tus hijas aprendan *para enseñar* alguna cosa que sea útil y buena; que sean profesoras de música, de pintura, de idiomas extranjeros, prefiriendo para este fin

aquello á que tengan más afición, ó que puedan ser institutrices para formar el corazón y el entendimiento de sus educandas.

Como base principal de su porvenir, hazlas que sean agradables, dulces, amables, condescendientes, porque la infancia y la adolescencia aman lo bello con preferencia á todo, y todos los niños aprenden mejor con una profesora amable y elegante, que con otra que sea descuidada en su atavío, intolerante y dura. El trabajo no lleva quizá á la riqueza, pero aleja siempre á la indigencia; el santo, el noble trabajo, no da el esplendor, pero si deja á la mujer en la libertad de una honrada medianía.

FELICIA.

XVIII

Por fin, cediendo á tus instancias y á las de tu marido, voy á fijarme cerca de vosotros por una temporada. Sofia acaba de casarse, y la dejo en la mejor de las compañías, como es la de un buen esposo. Carolina irá conmigo, y seguramente te hará ver hasta dónde puede ser encantadora la adolescencia de una niña. Sofia y Carolina me pagan con usura todos mis cuidados y desvelos. A pesar de tu impaciencia —y no es menor la mía—, aún tendré que tar-

dar en ir á tu lado; una de mis amigas va á vivir á mi casa, y debo, por consideración y por deber, dejar todos mis asuntos arreglados; así, antes de mes y medio me es imposible abrazarte, Julia mía, por grande que sea mi deseo.

Hablemos entretanto, que para el alma no hay distancias; hablemos con la pluma hasta que podamos hacerlo de viva voz, sentadas la una al lado de la otra, con tu mano en la mía, y mirando el tranquilo sueño de tus hijos.

¡Eres feliz! ¡He aquí la gran verdad que es desprende de tu última carta, he aquí la certidumbre que llena de alegría mi corazón. Y lo eres, porque lejos de sacrificar al egoísmo los goces del corazón que algunas veces vienen acompañados de penas, has rechazado siempre aquel odioso sentimiento, el más estéril de todos, el que más daño nos hace.

Los egoístas tienen siempre el castigo más terrible; ellos se aman mucho, es verdad; pero en cambio nadie les ama, y viven solos en medio del gran comercio humano.

Tu marido te adora, porque lejos de oponerte á sus gustos, los previenes y los antepones á los tuyos; tu padre te idolatra, porque no hay cuidado, no hay prueba de amor, no hay tierna demostración, que tú no dediques á su

vejez; tus hermanos te profesan la más tierna amistad, y tus hijos parecen hallarse mecidos en la más completa dicha, embargados por la más grande alegría, sólo con tu vista, sólo con oír el eco dulce y amado de tu voz.

Este es, hija mía, el premio de la mujer buena: la dicha de todos los suyos refleja en ella, y la hace feliz.

Aun tienes que imponerte hoy un pequeño sacrificio; el arreglo de tu vida, tus deberes de madre, te inclinan á la tranquilidad y al retiro; pero tu esposo desea algunas gentes alderredor suyo. — Como siempre, cede, mi amada Julia, pues que Eugenio lo desea; procura no *tener un salón*, sino reunir alderredor vuestro algunas personas cuya compañía les sea agradable. Esta empresa ofrece algunas dificultades, pero menos en una capital de provincia donde habitas, que te ofrecería en Madrid ó en París; en estas grandes capitales sólo la perseverancia puede triunfar de algunos obstáculos; y quizá en esa población, á pesar de que no habrá muchas casas donde reciban, quizá te cueste también algún trabajo; mas todo lo debes á la dulce obligación de complacer á tu marido.

Es preciso que las personas que compon-

gan vuestro círculo tengan tiempo de conocerse y estimarse, de *acomodarse* los unos á los otros, y el tiempo será vuestro principal aliado para llegar á la conquista de este fin; el tiempo funda la costumbre, y opera la fusión de los espíritus y de los caracteres; él formará, anillo por anillo, esa cadena que se ambiciona con razón, y que se llama una compañía asidua.

Contentaos con un solo día por semana, que señalaréis para esas reuniones; mayor frecuencia sería muy onerosa para vuestras ocupaciones, á menos, no obstante, de consagrar-te toda entera al terrible trabajo de tener *un salón*; este trabajo no está acorde ni con tu edad ni con tus deberes, porque exige la autoridad de una mujer anciana y la independencia absoluta, consecuencia muy triste de la dispensa de todo deber y de todo lazo de familia.

Como principio general de la dicha, hija mía, observa estos dos preceptos: Severidad para ti; benevolencia para los otros. No mires nunca á lo que los otros deben hacer por ti, sino á lo que tú debes hacer por los otros; de esta suerte serás amable y amada.

No creas que para conquistar la dicha bas-

ta siempre con ser buena, no; verás personas, al parecer muy malas, que son dichosas, á lo menos todo lo hace suponer así; esto consiste en que la ciencia de la vida tiene muchos aspectos, y que los detalles y las buenas formas nos conquistan más simpatías que el fondo, por más que sea éste excelente.

No te pongas jamás en frente de idea ni de persona alguna, porque si es imprudente chocar con las ideas, lo sería mucho más chocar con las personas; cuando tengas que hacer oposición—y alguna vez es necesario en la vida—, que sea con la fuerza de inercia, y no la fuerza ciega y brutal la que te haga resistir.

Va lo sabes por experiencia; la felicidad de la mujer existe sólo en el fondo de su alma, en la satisfacción de su conciencia, en el amor de los suyos. Y no le basta ser buena; es preciso también que sea agradable á su familia, á sus amigos, á la sociedad en general.

Sea hija, esposa ó madre, su destino y su misión en la tierra es siempre sufrir y resignarse. Necesita oponer á los defectos de su marido el contraste de sus buenas cualidades y conservar su amor por medio de la gratitud y del amor que la profese.

Hay un mal horrible en el matrimonio; mal que yo no he padecido y del que pido al cielo te libre siempre; este mal es el de ver á su marido, no sólo cansado de su esposa, sino también de sus hijos y de su casa, es decir, de todo aquello que debía amar.

Todos los esfuerzos de una mujer deben dirigirse á precaver este mal, y sólo se precave haciendo al hombre agradable su casa y su familia.

Los esposos que se cansan no son dichosos, y si se extravían por cansados, culpan amargamente á su mujer de no haber sabido retenerlos.

Influye también mucho en el aprecio de un hombre para su mujer, el que la opinión general le sea favorable. Tú, Julia, sobresales por una hermosura encantadora, y el amor propio de tu marido se halla ya bastante halagado; halagá también como hasta aquí su corazón, y emplea tu talento en conservar en él un sitio que será para ti el refugio más seguro en todas las borrascas de la vida, el delicioso asilo donde descanses de todas las penas.

FELICIA.

FIN DEL LIBRO

